

La llegada a Ilha Grande era tal como la recordábamos. Después de media hora de navegación, sus 193 kilómetros cuadrados de selva tropical neblinosa y verdes montañas emergían frente a la costa del estado de Rio de Janeiro.

Sin carreteras ni puentes conectándola al continente, las opciones para alcanzarla seguían siendo las mismas de hace una década: el ferry, el taxi acuático, o el lanchón a motor de poco más de diez filas, donde íbamos sin distancia social y equipados con chalecos salvavidas que nadie obligaba a usar.

Salía del puerto de **Angra Dos Reis**, 151 kilómetros al sur de la capital carioca, surcando el mar del mismo azul del cielo, hasta el principal muelle de **Vila do Abraão**, el poblado más importante de Ilha Grande, donde vive la mitad de sus residentes.

Al llegar, extranjeros con mochila y maleta de mano nos confundíamos con los lugareños que descargaban bolsas de mercadería (leche al por mayor, aceite en galones, arroz en saco). El muelle es el punto de inicio y de fin de una estadia, que conecta varios catamaranes, barcos y transbordadores locales, convirtiendo este lugar en un perpetuo ajeteo de población flotante.

Acostumbrados al exótico paisaje, los locales no demoraban en abalanzarse por sus senderos de tierra. Nosotros, en cambio, buscábamos la mejor forma de acarrear las maletas hasta nuestra posada, evadiendo los pozones de barro que dejó la tormenta la noche anterior.

Antes de tomar cualquier decisión, un hombre mayor, camiseta naranja, se interpuso en el camino con su carretilla: “¿Transporte?”, dijo. Había varios que, como él, se ganaban la vida con sus brazos musculosos, acarreado, por pocos reales, maletas y mochilas selva arriba. Dominaban el oficio, indiferentes al calor húmedo y pegajoso, a los gatos recostados en mitad de la ruta, y a la imperfección del camino salpicado de piedras y de frutas caídas y reventadas.

Nos enfrentábamos así a una isla consciente de su encanto, que se resistía a las carreteras y a los autos y a las motos, a los tiempos compartidos, a los todo incluido, a los bancos y cajeros automáticos.

Sujeta a sus propias reglas, en un perpetuo fin de semana, Ilha Grande era un sitio leal. A pesar de ser uno de los destinos más populares de Brasil, la primera impresión, luego de una década de verla por primera vez, era que casi no había cambiado. Podían ser sus reconocimientos (por ejemplo, es Patrimonio de la Humanidad por la Unesco), o las leyes, normas y reglamentos que resguardan sus áreas de protección ambiental (que incluyen tres parques naturales).

A medida que nos internábamos, quedaban atrás las únicas barcazas amarradas, que llevaban nombres que parecían resumir lo que aquí, al llegar, se prometía: Paraíso. Aventura. Que viva la vida.

Espeluznante y fascinante

Antes de ser este hito turístico, Ilha Grande era un lugar más bien evitado. **Vila Dois Rios**, en la costa opuesta a Vila do Abraão, alojó la penitenciaría Cândido Mendes de Dois Rios, una prisión de alta seguridad que albergaba presos políticos, narcotraficantes y asesinos. Batallones de policías pasaban el día instalados en distintos cuadrantes, lo que no callaba el rumor popular: la fuga de presos era habitual.

Así se perfiló un destino lleno de mitos, que dio pie a libros de referencia como *Memórias do cárcere (Memorias de cárcel)*, del escritor brasileño Graciliano Ramos, y una película de culto del mismo título, dirigida por Nelson Pereira dos Santos en los años 70.

De todo eso me cuenta Carolina Dutra de Araujo, licenciada en planificación turística, hoy doctora en ciencias y ecología forestal, y parte de un puñado de investigadores que ha estudiado cómo Ilha Grande hace frente al cambio, la resistencia que exhibe ante la explotación de sus áreas, su desarrollo lento y todo aquello que hoy le permite ofrecer playas tan limpias.

Como sus abuelos vivían en Angra Dos Reis, la primera vez que visitó Ilha Grande, ella era adolescente. Fue a principios de los 90, cuando la prisión seguía aquí, y los lugares que se podían recorrer, recuerda, eran limitados, mientras la policía controlaba a los que visitaban a los reclusos o a quienes como ella y su abuela venían en busca de una playa vacía.

—Siempre encontré todo esto muy espeluznante, pero muy fascinante a la vez —dice ahora.

Dado que la prisión no solo generaba historias, sino también trabajo, su cierre a mediados de los 90 despertó primero la oposición de los residentes. Pero su ausencia, con los años, abrió paso al turismo y sedujo a viajeros que buscaban senderos, olas y profundidades cristalinas para bucear. La misma Carolina dice que, junto a sus amigos, a partir de ese momento vino más a menudo, cuando las estadías más largas fueron permitidas.

—Solo volvíamos a lavar la ropa al continente.

Con áreas paulatinamente más protegidas, transformó al destino de sus vacaciones en su foco de estudio. Así, decidió analizar, entre otras cosas, el umbral de visitas que podía soportar un área protegida como esta.

Por esos años, la norteamericana Clau-



LÓPES MENDES. Esta siempre figura en las listas de mejores playas del mundo.

La costa de Ilha Grande, al sur de Rio de Janeiro, es una zona de playas soñadas y jungla casi intacta, foco de estudio para investigadores en sustentabilidad, y lugar donde los forasteros afortunados no quieren cambiar nada, sino dejar que la isla los cambie a ellos.

TEXTO Y FOTOS: *Muriel Alarcón*, DESDE BRASIL.

dia Green, profesora de gestión hotelera y turística en Pace University, también ponía los ojos en este destino, cautivada por la evolución, en tiempo real, de esta prístina isla hacia un destino visitable, y las aparentes amenazas que enfrentaba para ser sostenible. Empezarían sus viajes periódicos y la investigación con sus estudiantes. Al crecer el turismo, se necesitaría a personas capacitadas para trabajar en las posadas, restaurantes, como guías.

—Muchos vinieron del continente y asumieron estos cargos —me cuenta Green—. El desarrollo turístico no estaba planificado y, como resultado, hubo problemas con las ubicaciones de la infraestructura, como agua y alcantarillado. Los lugareños no daban la bienvenida a los extranjeros que venían y abrían negocios, y frecuentemente había conflictos y falta de cooperación con los nuevos emprendimientos.



TRANSPORTE. Sin autos ni motos, la única forma de moverse es la navegación.

Green agrega que, a principios de los 2000, vecinos de Ilha Grande que “compartían valores del presente y futuro de la isla”, se unieron para formar un comité de defensa, enfocados en evitar el desarrollo excesivo de la isla, en promover una economía local, en apoyar las áreas protegidas.

Carolina Dutra de Araujo coincide:

—Siempre ha habido un grupo extraordinario de personas, en su mayoría organizadas, que han luchado para mantener la isla alejada de grandes cadenas hoteleras, por ejemplo, para mantener su originalidad y preservar la naturaleza, y también porque quieren preservar su estilo de vida.

En las calles empedradas de Vila do Abraão, sin embargo, no se notan rastros de aquella tensión. Menos de un pasado carcelario. Solo lo que parece ser una infraestructura residencial acomodada para hacer frente a los visitantes. Casas bajas, usualmente cercadas por una hamaca en la parte delantera, convertidas en posadas y restaurantes. Patios en terrenos de camping dispersos bajo el **Pico del Papagayo**, que tiene 982 metros, el segundo punto más alto de Ilha Grande (el más alto es Pico da Pedra d'Água): una formación rocosa que parece la silueta de un papagayo que mira con ojo vigilante cuando la bruma no se lo impide. También es la cima de uno de los trekking más famosos de la isla.

Dutra de Araujo recuerda que Vila do Abraão es solo la primera cara de la isla. La rodean aldeas pequeñas y poblados remotos a los que solo se puede llegar en lanchas, y más allá, áreas protegidas totalmente fuera del alcance de los visitantes.

Elegir vivir así

En las calles del poblado, además de hombres con carretilla pululan los carritos de dulces, que son como vitrinas con ruedas que ofrecen una decena de tipos de tortas, kúchenes, dulces y queques caseros, incluido el *brigadeiro*, clásico brasileiro (una bola hecha y cubierta de chocolate).

La infraestructura del centro se ha expandido, pero a pequeña escala. Los restaurantes y bares se hacen más grandes cuando crecen los visitantes —sobre todo en temporada de cruceros—, y se vuelven más chicos cuando no los hay.



TRANQUILO. Su mar casi sin olas la convierte en ideal para la práctica de SUP.



CUIDADO. Sus residentes resguardan a la isla del desarrollo excesivo.



VARIEDAD. Este destino reúne cerca de cien playas.



NATURALEZA. En sus arenas no es difícil toparse con cangrejos.



ACCESO. Vila do Abraão es la puerta de entrada a la isla.

Ana Bolo Bolaño (38) y Josefina Donadio (39) son hace diez años las dueñas de **Las Sorrentinas**, un restaurante de pastas ranqueado en varios sitios de turismo como el mejor en la isla. Son argentinas y se conocieron aquí en un veraneo.

—Los argentinos somos medio una comunidad —dice Josefina Donadio sobre este grupo fácil de reconocer por el acento, y que convive con otras comunidades, como la de los caiçara —nativos aquí— o los bahianos.

Ana y Josefina decidieron hacer sus vidas a la pie, lejos de los ruidos, el tráfico y la hiperconexión de la ciudad, cautivadas por la “exuberancia de la isla, la belleza natural, la *mata atlántica*”. La primera dejó atrás una carrera como productora de te-

cer era sorrentinos, pero por mi abuela.

Los sorrentinos caseros eran también lo que a sus amigos más les gustaba comer. Y con razón, como comprobamos unas noches antes probando los rellenos de salmón.

Sin ser la comida insignia de la isla (un viajero más apegado a lo tradicional debería optar por comer moqueca, un estofado de pescado, verduras y leche de coco), este es el tipo de lugar que uno recomendaría a cualquiera. Y al que volvería cada tanto si fuese un restaurante de Santiago. No solo por sus platos, sino también por la amabilidad y acogida, el trato ameno. Como el de una casa amiga al recibir visitas.

Afuera, la fila de forasteros solo se alargaba con las horas, mientras los meseros, en perfecto castellano, nos atendían siguiendo todos los protocolos sanitarios.

Más tarde, cuando le pregunté a las dueñas por qué habían decidido vivir aquí, Josefina dijo:

—Puedes elegir entre vivir en una ciudad y tener que pasar quince días en un lugar paradisíaco, o vivir en un lugar paradisíaco y pasar quince días del año en una ciudad.

Ana Bolaño agregó que supo que podía vivir aquí cuando vio a otros argentinos hacerlo:

—Pensé: “Uno puede elegir dónde vivir y qué hacer”.

Ambas destacan que casi no pasan cosas acá. No se escuchan bocinas. No roban.

—Todo es un poco más rústico. El que vive acá es porque elige esto. Si no, buscaría otra isla como Ilhabela o Morro de Sao Paulo —dice Josefina.

—Y esperamos que no se transforme, como pasa en otras partes del mundo que tienen playas, con todas las comodidades —agrega Ana.

La noche es tranquila, como ellas dicen, hasta que el aguacero, aunque cálido, nos obliga a escapar a la posada. Corte de luz, se cae internet, no hay señal. Ni siquiera encienden los generadores. Solo sirven las linternas.

Bajo techo, el golpe constante de la lluvia, el caudal de la cascada cayendo atronador, no logra romper el silencio de la noche.

Permitido nuestro paso

Los mares alrededor de la isla son un mundo de corales y peces de colores.

Las agencias de viajes no detienen su oferta. Ni siquiera cuando la tormenta anunciada para esta semana podría convertir el mar y el cielo en un inaccesible fondo nublado. Sus vendedores, dirigidos al viajero descalzo que alguna vez ellos mismos fueron, ofrecen los mismos programas, para ver las mismas playas, recorrer los mismos senderos y cascadas, por el mismo precio. “Bello”, “precioso”, “maravilloso”, los adjetivos que repiten en distintos idiomas para convencer a los forasteros, mientras exhiben fotos de palmeras y aguas celestes.

Los residentes, en cambio, sugieren con toda razón evitar los tures que convierten, en ciertas horas del día, a las playas prístinas y desocupadas en estaciones de un circuito que recorren pelotones de turistas que quieren ver mucha costa en poco tiempo.

La alternativa, dicen, es negociar la ida y la vuelta con algún navegante para ir a cualquiera de las desocupadas costas vecinas. O marcharse a las playas donde el acceso es más difícil, para las que hay que caminar, como **Aventureiro**, en una reserva biológica, o **Lopes Mendes**, siempre ganadora en las listas de las mejores playas del mundo.

Son destinos con senderos que, me explica Carolina Dutra de Araujo, por la reglamentación vigente no se pueden interferir:

—Son lugares que no puedes cambiar. A pesar de las casi cien playas tropicales que hay para conocer, queremos volver a Lopes Mendes, aunque no haya lanchas que lleguen a su costa. Lo que hay son embarcaciones que nos dejan al inicio del sendero que recordaba, verde y exuberante. Tampoco hay señal y es la razón por la que las argentinas de Las Sorrentinas vienen aquí a pasar sus días libres, donde realmente se conectan a otras cosas cuando no hay internet.

Algunos dicen que, con experiencia, son quince minutos para llegar. Nosotros demoramos una hora, sosteniéndonos en ramas, abrazándonos a piedras y troncos, hundidos hasta los tobillos en el barro, para no resbarnos en las subidas y bajadas empinadas. En eso terminó convertido el camino principal después de que el bosque fuera absorbido por el último aguacero. El refugio de monos, pájaros y bichos ruidosos aquí, aferrados a las ramas más altas, posaban amistosos. Parecían darnos permiso para pasar.

Entonces quedé atrás el aire pegajoso de la selva y se asomó el sonido fresco de la playa antes de verla. Tres kilómetros de olas amistosas, mar claro y transparente, arena tan fina y suave como azúcar flor, los visitantes esparcidos sin interrumpirse. Apenas un señor vendiendo agua, bebidas y cervezas heladas de un coleman rebasado en hielo, bajo la sombra de la vegetación inmvil.

El tipo de playa que podría desearse. Horas más tarde volvíamos a Vila do Abraão. A lo lejos, el poblado humeaba, el silencio era apenas interrumpido por la música en vivo que salía de alguno de los locales de la orilla: se sentía como un saludo. Parecíamos estar volviendo a casa. **D**



IMPERDIBLE. Ana Bolo y Josefina Donadio, dueñas de Las Sorrentinas.



JARDÍN. Las Sorrentinas funciona a minutos del centro de Vila do Abraão.